
Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003), de Gema Martín Muñoz

José Abu-Tarbush*

A diferencia de su anterior obra,¹ centrada en los aspectos sociopolíticos del mundo árabe contemporáneo, la actual se aboca a las relaciones interestatales del subsistema regional árabe, siendo Iraq el epicentro de este nuevo trabajo de Gema Martín Muñoz. La perspectiva desde la que aborda este objeto de estudio es básicamente internacionalista. El propio título del libro, *Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, resulta bastante ilustrativo al respecto, y al mismo tiempo no deja de ser —en cierta medida— provocador. De entrada, es necesario aclarar que el término “Occidente” que aparece en el título puede resultar polémico o, cuando menos, prestarse a cierta confusión. Sin embargo, conviene aclarar que dicho término no alude a ningún bloque civilizatorio —si tal cosa existe—, sino a un bloque de poder en el sistema mundial: el de las grandes potencias occidentales. Primero, el formado en un principio por las potencias decimonónicas europeas —Francia y Gran Bretaña, principalmente— con responsabilidades políticas e históricas en casi toda la configuración geopolítica y económica de Oriente Medio; y, segundo, el que representa Estados Unidos

que, desde la Segunda Guerra Mundial, ha sido el actor estatal externo de mayor influencia política en la mencionada región. Este hecho se ha visto reforzado tras el fin de la Guerra Fría (1989) y la desaparición de la Unión Soviética (1991), y que, a su vez, ha brindado a Estados Unidos la condición de ser la única superpotencia o hiperpotencia en el sistema mundial actual.

De una lectura muy precipitada y malintencionada del título, podría concluirse que la autora desplaza la responsabilidad a Occidente de lo que viene aconteciendo en Iraq, librando de toda carga a los dirigentes políticos iraquíes de cualquier época. Nada más lejos de la realidad. Semejante lectura, como se ha dicho, sería muy superficial; es decir, sería una lectura de solapa o de contraportada, con una interpretación, además, injusta. Por el contrario, quienes conozcan la dilatada obra de Gema Martín Muñoz convendrán en destacar su carácter crítico combinado con su rigor académico. Jamás ha exculpado a los actores internos o locales para responsabilizar a los externos e internacionales, ni a la inversa. Dicho de otro modo, su visión de la política es global, no se reduce exclusivamente al ámbito nacional ni al mundial, sino a la interacción existente entre ambos. En concreto, trata de conjugar las condicionantes sociopolíticas y económicas de Iraq, de su sociedad y Estado, con su ubicación e interacción en el subsistema regional árabe e islámico en particular, y en el sistema internacional en general.

Ahora bien, reconociendo que ambas esferas, externa e interna, influyen de igual forma en la configuración de las decisiones y actuaciones políticas, cabe también indagar cuándo y cuánto influye una más que la otra. Desde esta tesitura se comprenderá mucho mejor el én-

* Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad de La Laguna, Tenerife, España.

¹ *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Bellaterra, Barcelona, 1999. Junto a la edición de este libro (1999) y el nuevo (2003), objeto de esta reseña, Gema Martín Muñoz ha sido autora de otras obras de carácter colectivo, además de numerosos artículos aparecidos en revistas especializadas, tanto nacionales como extranjeras. Véanse Gema Martín Muñoz (ed.), *Islam, Modernism and the West: Cultural and Political Relations at the End of the Millennium*, I. B. Tauris, Londres, 1998; Gema Martín Muñoz (dir.), *Aprender a conocerse. Percepciones sociales y culturales entre Marruecos y España*, Fundación Repsol, Madrid, 2001; y Gema Martín Muñoz (dir.), *Marroquíes en España. Estudio sobre su integración*, Fundación Repsol, Madrid, 2003.

fasis puesto en el entramado regional e internacional para analizar la deriva contemporánea de Iraq, dado que la injerencia externa en esta parte del mundo ha sido una constante. Como señala la autora:

La empresa colonial europea inauguró un proceso intensivo de presencia de los actores extranjeros en el sistema regional árabe que hará que Oriente Medio sea la región más intensamente penetrada por las relaciones internacionales desde la caída del Imperio Otomano hasta la actualidad.²

Por tanto, la perspectiva internacionalista que introduce Gema Martín Muñoz resulta pertinente en términos metodológicos para abordar un objeto de estudio que no comienza ni acaba en las fronteras nacionales de Iraq. Es más, en la era de la globalización ningún Estado ni sociedad pueden analizarse sin contemplar su entorno exterior. Menos aún las sociedades y Estados de Oriente Medio que, como se ha visto, registran en su haber una notable influencia —cuando no mera injerencia— de los actores internacionales.

Esta visión global de la política, en la que el espacio exterior e interior vienen a ser las dos caras de una misma moneda, queda muy bien reflejada en la estructura del libro. Precedido por una introducción que explica de manera sintetizada “las razones del fracaso”, la obra está dividida en cuatro grandes partes que, a su vez, están subdivididas en pequeños capítulos o secciones. El primer bloque temático, titulado “Del Iraq de las revueltas al Iraq de las guerras (1920-1980)”, se centra en los aspectos internos, principalmente, y ocupa cinco capítulos. En el primero se aborda una breve introducción histórica que, sin ánimo exhaustivo, pretende situar al lector en el umbral del régimen político iraquí presidido de forma autoritaria por Saddam Husein. En el segundo se adentra en la cuestión comunitaria; esto es, en la compleja división étnica y religiosa de Iraq. Por un lado, los árabes se dividen en sunníes y shiíes; por otro, los musulmanes sunníes se dividen en árabes y kurdos. De manera que, como apunta Gema Martín Muñoz, “esas dos grandes referencias mayoritarias, la arabidad y el islam, nunca han sido factores de unidad y cohesión nacional (...)”.³ De hecho, es una

de las asignaturas pendientes en la reconstrucción nacional iraquí, de difícil solución, sobre todo si en el Iraq post-Saddam se llega al enfrentamiento intercomunitario que no existió a lo largo de su historia.

El tercer capítulo no deja de ser menos interesante que los dos anteriores, pues aborda “El ejército y el Baaz”, dos herramientas fundamentales de poder y dominio o control ideológico. La importancia que el ejército ha tenido en Iraq no deja de ser, pese a sus peculiaridades, muy lejana a la de algunas otras sociedades del llamado Tercer Mundo, donde ha gozado de un protagonismo desproporcionado en la vida política de consecuencias indeseadas. Además de ser una vía de ascenso sociopolítico para algunos miembros de las clases medias y bajas. Originalmente el ejército iraquí vino a reemplazar al de la potencia colonial, en este caso Gran Bretaña, centrándose en las fronteras interiores antes que las exteriores, aunque esta función cambiaría con el tiempo, sobre todo a partir de la guerra con Irán en 1980. Por su parte, el Partido Baaz, de raíces seculares y socializantes, ocupará una creciente importancia en Iraq al apoderarse de forma paulatina del control del aparato estatal encabezado, entre otros, por el propio Saddam Husein. Pero al tratarse de un régimen presidencialista de carácter autoritario, el Partido Baaz terminó siendo un mero envoltorio ideológico en función de los intereses del clan o del sátrapa en el poder. De hecho, tanto Hasan al-Bakr como Saddam Husein utilizaron al Partido Baaz como “una extensión de su poder personal”, mediante “un sistema de patronazgo” en el que se registró de manera creciente “una política claramente tribalista y clánica”.⁴

En el cuarto capítulo se aborda el tema del petróleo y el desarrollo económico de Iraq. Cabe señalar que —a diferencia de las petromonarquías del Golfo— Iraq tuvo una política en un principio más coherente y nacionalista en el aprovechamiento de sus recursos naturales o fuentes energéticas, con sus políticas sociales, la reforma agraria, una mayor redistribución de la riqueza y la modernización de sus infraestructuras. Pese a tratarse de una economía rentista y muy dependiente del exterior, dado que se basaba en el monocultivo del petróleo, Iraq supo invertir sus ingentes recursos en su propia sociedad, alcanzando importantes cuotas de crecimiento económico y cierto desarrollo social. Muestra de ello fue su transformación social y demográfica. Entre otras cosas, Iraq contó con una importante

² Gema Martínez Muñoz, *Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, Tusquets, Barcelona, 2003, p. 83.

³ *Ibidem*, p. 38.

⁴ *Ibidem*, p. 70.

clase media e ilustrada, además de convertirse en un destino de la migración regional. Sin embargo, esta prometedora dinámica estuvo sujeta a las propias limitaciones autoritarias de su régimen político.⁵ Peor aún fue la deriva militarista que éste adquirió, derrochando su inmenso capital humano y político. Las ambiciones regionales del régimen iraquí presidido por Saddam Husein, en connivencia con otros poderes regionales (petromonarquías del Golfo) e internacionales (Estados Unidos y Europa Occidental, principalmente), sería el principio del fin de lo que resultaba ser un futuro muy prometedor. Dicho en otros términos, Iraq parecía contar con todos los recursos para su desarrollo social y económico en una región: Oriente Medio, que en la actualidad, junto con el resto del mundo árabe, se sitúa al final de los índices de desarrollo humano después de África subsahariana.

Sin adentrarse en ninguna teoría de la conspiración, Gema Martín Muñoz considera que precisamente en ese potencial de desarrollo político regional se encuentran las razones de la innecesaria prolongación de la guerra entre Iraq e Irán, que duró alrededor de una década, desde 1980 a 1988, y cobró un saldo de un millón de muertos, además de los numerosos heridos, mutilados, encarcelados y las traumáticas consecuencias psicosociales de un conflicto armado tan prolongado y cruento. Sin olvidar, por último, que ambos países quedaron extenuados por igual y con sus arcas prácticamente vacías.⁶ En otros términos, ambos países terminaron derrotados.

La pregunta, por tanto, es obligada: ¿quién fue el vencedor? O, dicho en otras palabras, ¿a quién benefició esta guerra? Si contabilizamos la división y vulnerabilidad del subsistema regional árabe e islámico, unido al debilitamiento de dos de sus más importantes actores estatales, entonces la respuesta parece sencilla. En la región el gran beneficiado fue Israel, que lograba

neutralizar a dos Estados, Iraq e Irán, con un potencial político y militar que desafiaba su supremacía estratégica en Oriente Medio. Prueba de ello fue que, aprovechando dichas circunstancias, Israel bombardeó la central nuclear iraquí en 1981 y, a continuación, en 1982 lanzó su campaña militar en el Líbano contra la Organización para la Liberación Palestina (OLP) —y, por extensión, contra las fuerzas progresistas libanesas— para consolidar su escalada colonizadora en los territorios palestinos de Cisjordania, Gaza y Jerusalén Oriental. Mientras en el ámbito internacional Estados Unidos lograba arrinconar a la Unión Soviética en Oriente Medio con la firma de los Acuerdos de Camp David, que sellaban la paz entre Egipto e Israel en 1979, Washington había dejado fuera de juego a Moscú. De hecho, la intervención soviética en Afganistán respondió —en cierta medida— a la necesidad de compensar la pérdida de sus alianzas regionales, en concreto, la salida de Egipto de su esfera de influencia;⁷ además de los temores que suscitaba la expansión islamista a las puertas de sus fronteras, con importantes poblaciones de origen igualmente islámico. No hay que olvidar que los dos países implicados en la guerra, Iraq e Irán, si bien no eran aliados soviéticos (Bagdad se había alejado de Moscú en dirección a la Casa Blanca), tampoco podían ser considerados aliados de Estados Unidos.⁸ En definitiva, Estados Unidos, como señala la autora:

... aumentó su acceso a las riquezas del subsuelo de la región y, sobre todo, se aseguró el papel de garante del acceso al petróleo de sus aliados, acrecentó su presencia militar en Oriente Medio, acentuó su control político sobre los regímenes árabes y marginó política y económicamente a los europeos en la zona.⁹

Si en el último capítulo de la primera parte de su obra Gema Martín Muñoz sitúa al lector en las coordenadas regionales e internacionales del Iraq prebélico, será sobre todo en la segunda parte del libro en la que entra de lleno en la interacción del régimen iraquí con el sistema regional e internacional. Con el título “Las guerras de Saddam Hussein y su contexto internacio-

⁵ No obstante, en la sociedad internacional se encuentran ejemplos de lo contrario, el caso de Corea del Sur muestra cómo un régimen autoritario puede derivar hacia una apertura democrática y terminar conduciendo a su país por las vías del desarrollo. Sin duda alguna, no se trata de un modelo universal e incluso podría tratarse más de la excepción que de la regla. De hecho, en los estudios sobre desarrollo existe un debate en torno al papel que juegan los regímenes autoritarios en el desarrollo de un país. Véase al respecto Sylvie Brunel, *El subdesarrollo*, Mensajero, Bilbao, 2000. Desde otra perspectiva, algunos expertos consideran que la libertad no sólo debe ser una consecuencia del desarrollo como comúnmente se ha entendido hasta la fecha, sino que también debe ser una de sus causas. Véase Amartya Sen, *Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona, 2000.

⁶ Gema Martínez Muñoz, *Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, op. cit., pp. 106-108.

⁷ Véase Ronald E. Powaski, *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 268-269.

⁸ Gema Martínez Muñoz, *Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, op. cit., pp. 112-113.

⁹ *Ibidem*, p. 150.

nal”, la autora ha escrito una de las páginas más brillantes de las relaciones internacionales de Oriente Medio. Dividida en siete capítulos, esta segunda sección resulta muy esclarecedora y generosa, pues rebasa con creces el marco iraquí para adentrarse a detalle en su contexto regional e internacional.

Primero, las relaciones exteriores del régimen iraquí, conducidas por el ascenso regional de Saddam Husein, en concreto, su internacionalmente bendecida cruzada contra el fundamentalismo islámico encarnado por la revolución iraní. Segundo, su caída en desgracia al invadir Kuwait en agosto de 1990; esto es, su errado cálculo estratégico e interpretación engañosa del fin de la Guerra Fría. Tercero, la sempiterna división del mundo árabe, con su fractura interna —entre gobernantes y gobernados— y externa —entre sus diferentes actores estatales—, rentabilizada en el plano político por la oposición islamista. Cuarto, la hegemonía estadounidense en la región, con su doble rasero de castigo interminable para Iraq e inmunidad absoluta para su principal “baza estratégica” en la zona: el Estado de Israel. Como afirma Gema Martín Muñoz:

En 1995, todos los Estados de la región firmaron el Tratado de No Proliferación Nuclear y aceptaron el principio de inspección de sus instalaciones por parte de la Agencia Internacional de Energía Atómica. Todos, salvo Israel apoyado por Estados Unidos.¹⁰

Quinto, el frustrado proceso de paz palestino-israelí, fruto del nuevo orden regional e internacional en claves de *pax americana*. En dicho proceso Estados Unidos asumía el papel de auspiciador, mediador (parcial) y facilitador, al mismo tiempo que marginaba a Naciones Unidas e interpretaba “a la baja” sus resoluciones sobre la “cuestión palestina”. Su principal característica —y, muy probablemente, causa también de su fracaso— ha sido la asimetría entre las partes. De hecho, como recoge la autora: “... la OLP reconocía el derecho del Estado de Israel a vivir en paz y seguridad” en tanto que Israel reconocía a la OLP “como representante del pueblo palestino” sin ninguna referencia al derecho de los palestinos a un Estado”.¹¹ Sexto, la timorata y limitada respuesta de Europa, marginada de la posguerra del Golfo y del proceso de paz palestino-

israelí, con un papel más económico que político. Pese a sus esfuerzos por encontrar vías alternativas de diálogo e influencia con el denominado “proceso euromediterráneo”, la política europea en la zona ha tocado techo frente a la hegemonía estadounidense; cuando no se ha dividido, como pasó ante los prolegómenos de la guerra contra Iraq. Por último, el debate en torno a la tesis del *choque de civilizaciones* y el ascenso del denominado fundamentalismo islámico. Dicha tesis abusa de los factores culturales, relegando al olvido los políticos, económicos e ideológicos. De ahí que termine derivando en una teoría “esencialista” que, a su vez,

permite convertir en “excepción islámica” situaciones que en realidad afectan a muchas otras áreas de la geografía mundial, sobre todo en aquellas regiones que han experimentado un proceso colonial donde las élites nacionalistas se han apropiado del poder y de la renta económica del país.¹²

De forma paralela, Gema Martín Muñoz introduce una clara división entre “fundamentalismo islámico” e “islamismo” y, a su vez, destaca la diferencia que existe entre el “islamismo reformista”, de carácter moderado, pacífico y partidario de adentrarse en el juego político democrático e institucional, y el islamismo radical o violento.¹³ En definitiva, cabe reiterar que esta segunda sección enriquece de manera sustancial la obra, incluso puede leerse independientemente de la misma, pues constituye toda una lección magistral de las relaciones internacionales de Oriente Medio.

La tercera parte del libro, dividida en seis secciones, está dedicada a “La cuestión de Iraq desde 1991”. El orden de la posguerra impuesto por los vencedores de la segunda guerra del Golfo es igualmente el orden de la posguerra fría, cuyo ensayo piloto se materializó en Oriente Medio en general, y en Iraq en particular. El ensañamiento de Estados Unidos con Iraq queda claramente expuesto con el régimen de inspecciones internacionales y su manipulación por parte de Washington (denunciada por antiguos inspectores). A ello se sumó el embargo genocida que, de manera paradójica, sólo contribuyó a debilitar y perjudicar aún más a la sociedad iraquí en lugar de a su régimen político, que salía más fortalecido frente a su oposición interna. Es

¹⁰ *Ibidem*, p. 156.

¹¹ *Ibidem*, p. 165.

¹² *Ibidem*, p. 185.

¹³ *Ibidem*, p. 187.

más, dicho embargo resultaba inmoral e injusto, pues se hacía pagar al conjunto de la sociedad por tener al frente de su país a un dictador al que no había elegido. Dicho de otro modo, la mayor desgracia del pueblo iraquí ha sido que durante mucho tiempo ha tenido que sufrir a dos dictadores: uno dentro de sus fronteras y otro fuera. La ilegalidad del embargo y su sistemática prolongación también ha sido puesta de manifiesto en las propias instituciones internacionales, sin ir más lejos en el seno del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, donde Francia, Rusia y China eran partidarios de levantar dicho embargo, mientras que Estados Unidos y Gran Bretaña se oponían. A pesar de ello, la intransigencia estadounidense no respondía a ningún hecho objetivo, pues Iraq había cumplido con el régimen de sanciones e inspecciones. Por el contrario, la obstinación de Washington indicaba otro propósito: el rediseño neocolonial de Oriente Medio.

En la agenda hegemónica estadounidense, la reconfiguración geopolítica de Oriente Medio constituye una de sus principales prioridades, dado que es la región que mayores reservas energéticas —petróleo y gas natural, principalmente— posee, seguida por Asia Central o, de igual forma, las ex repúblicas soviéticas de la cuenca del Mar Caspio. Al mismo tiempo, Estados Unidos ha registrado en los últimos años un creciente déficit en materia energética y, al mismo tiempo, se enfrenta al incremento de su demanda interna. Pese a este panorama, Washington pretende seguir gozando de su actual supremacía estratégica en el sistema internacional. De ahí su apuesta por garantizar el acceso a esos vitales recursos energéticos, una de las principales fuentes de conflicto del siglo XXI.¹⁴ En este contexto se produjeron los dramáticos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 (11-S en adelante) que, a corto y mediano plazo, se ha transformado en el mejor pretexto de la neoconservadora administración de George W. Bush para llevar adelante su proyecto hegemónico. No obstante, cabe recordar que la guerra de Estados Unidos contra Iraq no fue una consecuencia del 11-S, sino que dicha decisión había sido tomada desde mucho antes. De hecho, la administración demócrata de Bill Clinton, junto a la Gran Bretaña de la Tercera Vía de Tony Blair, inauguró los bombardeos sistemáticos contra Iraq desde 1999; y a su llegada a la Casa Blanca, George W. Bush se estrenó con un bombardeo masi-

vo sobre Iraq que, pese a ser denominado como “operación de rutina”, suscitó algunos gestos de distanciamiento por parte de sus propios aliados.¹⁵ Todo ello indicaba claramente cuál iba a ser la política de la nueva administración estadounidense respecto a Iraq, a saber, que Estados Unidos había decidido invadir dicho país.

La última parte del libro, dividida en cinco secciones, está dedicada a analizar esta nueva coyuntura política. Gema Martín Muñoz aporta las claves de esta guerra, injusta e ilegal; las razones estratégicas y económicas que llevaron a elegir Iraq; y el itinerario de la invasión y ocupación de dicho país, además de desvelar el proyecto neocolonial de Estados Unidos para Oriente Medio y avanzar en las razones de su previsible fracaso. En conclusión de Gema Martín Muñoz:

Todo indica que el proyecto estadounidense elude los elementos clave para lograr la estabilidad y democracia que tan gratuitamente ha prometido. En el “nuevo” Oriente Medio de Estados Unidos, más allá de la proclamación altisonante de llevar la democracia y la paz a la región (que la historia no hace más que contradecir), no existe ningún pronunciamiento concreto sobre cuáles van a ser las acciones que se vana a tomar en este sentido.¹⁶

No obstante, pese a que en esta última sección el análisis no podía ser más que coyuntural, habrá que reconocer a la autora su acierto. Frente a la evidente y anunciada victoria militar de Estados Unidos sobre Iraq, no ha resultado menos cierto su fracaso político. Sin olvidar que las principales argumentaciones esgrimidas para la intervención militar en Iraq se han mostrado —como era de esperar— falsas. Las tan denunciadas armas de destrucción masiva —que amenazaban la paz mundial, según Bush— siguen sin aparecer hasta la fecha.

Por último, merece la pena destacar de nuevo que esta obra de Gema Martín Muñoz no responde sólo al conflicto de Iraq, sino que dada la internacionalización de éste y de sus innegables implicaciones regionales e internacionales, el libro abunda en una cuantiosa y rica información sobre las relaciones interestatales en

¹⁴ Véase Michael Klare, *Guerra por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*, Urano, Barcelona, 2003.

¹⁵ Gema Martínez Muñoz, *op. cit.*, pp. 238-239.

¹⁶ *Ibidem*, p. 298.

Oriente Medio. Cabe presumir que, de seguir por esta línea de investigación, la citada arabista podría realizar una próxima entrega editorial sobre esta materia. Sin duda, una obra de ese calibre sería muy interesante y bienvenida para despejar las muchas incógnitas que existen en torno al complejo panorama de las relaciones internacionales en esta convulsa región del mundo.

En este sentido, es obligado reconocer que en el trasfondo de este libro existe otro no menos importante: el dedicado al conflicto palestino-israelí. A lo largo de toda la obra aparece esta controversia, acompañando el desarrollo de los acontecimientos regionales. Pudiera decirse fácilmente —*a posteriori*— que no podía ser de otra manera, dada la centralidad de la denominada cuestión palestina en el mundo árabe en general, y en Oriente Medio en particular. Su conexión con otros conflictos regionales o, cuando no, su sola instrumentalización. Sin embargo, no se trata de una tarea sencilla. Todo lo contrario, hay que hilar muy fi-

no para conseguir entrelazar todos los cabos sueltos de las embrolladas relaciones interestatales de la región. No hay que olvidar que Oriente Medio es el gran laboratorio de las relaciones internacionales. Dada su trascendencia política y económica, lo que suceda en esta región del mundo no pasará inadvertido para el conjunto de la sociedad internacional, estatal y civil. Por ello, junto a otras propuestas bibliográficas, como la del profesor Antoni Segura,¹⁷ resulta muy recomendable la lectura de *Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*. Sin duda alguna, Gema Martín Muñoz ha sabido impregnar esta obra con una visión global de la política regional de Oriente Medio, esclareciendo sus numerosos entuertos y aportando claves valiosas para su comprensión.

Gema Martín Muñoz,
Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003),
Tusquets, Barcelona, 2003, 324 pp.

¹⁷ Antoni Segura, *Irak en la encrucijada*, RBA, Barcelona, 2003.